

Entre tanto el general Rios habia llegado ante las murallas de la ciudad, cuyas puertas encontró cerradas: recelóse por un momento alguna traicion; pero pronto se supo que el gobernador de Tetuan se habia fugado, llevándose las llaves de la plaza: nuestros soldados por fuera, con las puntas de las bayonetas, y los judíos por dentro forzaron las cerraduras, y el regimiento de Zaragoza entró el primero en las calles desiertas, que presentaban un espectáculo de ruinas y desolacion. Poco despues llegó el General en jefe con la mayor parte del ejército, que tomó posesion de la plaza, siendo recibido con vitores y aclamaciones por los míseros hebreos.

El general O'Donnell procuró desde luego inspirar confianza á las pobres gentes que habian quedado en Tetuan, dictando al efecto las órdenes oportunas, y demostrando que los españoles eran tan benignos y generosos con los vencidos, como terribles en los combates.

El general PRIM, secundando estos mismos sentimientos, dirigió á las tropas de su mando una alocucion en que les decia:

“Hemos terminado con gloria el primer período de esta campaña, en la que habeis sabido elevar á la mayor altura el nombre del ejército español y el de vuestro segundo cuerpo, que me enorgullezco de mandar. Con soldados como vosotros, la bandera española puede llevarse al rededor del mundo, y ostentar á su faz lo que pueden los hijos de España. Para que esta gloria sea inmarcesible, preciso es que no la empañe el menor borron, la más pequeña sombra. Vais á entrar en una plaza que os abre sus puertas y se postra ante los piés de la Reina de España pidiendo clemencia, y la obtendrá cumplida. El anciano, el niño, la mujer, los hombres, los habitantes todos están hoy bajo la salvaguardia de la hidalguía castellana, y deben hallar un protector, no un enemigo, en cada uno de nosotros. Si esta plaza hubiera hecho resistencia, si se hubiera entrado á sangre y fuego, tendríais derecho á apoderaros de todo; pero, cuando nos pide amparo, es preciso otorgarlo á toda costa.”

Estas nobles palabras, semejantes á las que usaban á la vez los demás generales, no fueron desoidas por nuestros valientes soldados, que olvidándose de sus padecimientos, ya sólo pensaron en aliviar la desgracia de sus enemigos.

## V.

Al recibirse en España la noticia de los últimos triunfos alcanzados en Africa por nuestro ejército, el sentimiento del amor patrio estalló en todas partes con las más vivas demostraciones de entusiasmo. La honra nacional estaba vengada, y el nombre español resonaba en el mundo como en los tiempos de su más espléndida gloria.

Lo mismo en las aldeas que en las populosas ciudades, celebrábanse con fiestas y regocijos públicos, fervorosos y espontáneos, las victorias de nuestras armas, y á la par que se vitoreaba al invicto caudillo del ejército y á todos y cada uno de los valientes que más se habian distinguido durante la campaña, el espíritu de justicia no podia menos de enaltecer la figura más brillante y conspícua que se destacaba en medio de aquel cuadro, en que tantos aparecian ceñidos de inmarcesibles lauros. Todo el mundo citaba con aplauso el nombre del héroe de los Castillejos, de Cabo-Negro y de Tetuan; los catalanes en particular debian dar señaladas muestras de admiracion y aprecio al insigne campeón, que habia sabido conquistarse las simpatías de la España entera y de la Europa; y así lo hicieron. Inmediatamente se abrió en Barcelona una suscripcion para regalar al Conde de Reus un sable de honor, á cuyo fin se nombró una comision <sup>1</sup>, que dirigió al público el siguiente escrito:

“La bravura, la pericia y el arrojo del general PRIM en la guerra de Africa son glorias del pueblo español, y envanecen á Cataluña. El hábil y valiente general O'Donnell glorifica sus hechos, y nosotros, que, como buenos españoles, hemos visto con satisfaccion que se dedicaba una espada al digno jefe del ejército, como buenos catalanes creemos cumplir un acto de justicia ofreciendo un obsequio patriótico al Conde de Reus, que, á su vez, ha proclamado las altas prendas del General en jefe.

<sup>1</sup> La componian los señores D. Jaime Badia, presidente; D. Gil Bech, D. Juan Federico Muntadas, D. Roman de Lacunza, D. Mariano Flotats, D. Juan Mañé y Flaquer, D. Pedro Mas, D. Francisco de P. Lliví, D. Ignacio Luis Tarragona, D. Antonio Gussí, D. Agustin Aymar, D. José Sadó, D. José Antonio Romeu, D. Antonio Castell de Pons, y como secretarios D. Ramon Feixó y D. Victor Balaguer.

“Abrimos, pues, una suscripcion, que no debe exceder de cinco duros por persona, con el objeto de regalar á nuestro paisano valeroso un sable que reemplaze al que torció acuchillando al enemigo.

“Si las naciones cristianas han derramado siempre su sangre y sus tesoros para extinguir la barbarie en tierras lejanas, ¿es acaso indigna la España moderna de asociarse á esta grandeza de pensamientos, continuando sus gloriosas tradiciones históricas, é introduciendo en el Imperio marroquí los gérmenes del progreso y de la civilizacion?

“¡Llor mortal á los bravos españoles que sacrifican su vida y su reposo para colocar á esta nacion magnánima á la altura que le corresponde! Barcelona, 18 de Febrero de 1860.”

No solamente en Barcelona se demostraba de este modo el alto aprecio en que eran tenidos los heróicos hechos del general PRIM: en Reus se abrió otra suscripcion para regalarle una espada, y en muchos pueblos se iniciaron al mismo tiempo varios proyectos, encaminados todos á rendir un tributo de admiracion al hombre que era generalmente considerado como una gloria nacional.

Los catalanes residentes en Madrid se reunieron, bajo la presidencia de don Pascual Madoz, y despues de nombrar una comision de personas respetables, con exclusion de toda significacion política, formuló aquella un pensamiento, que aprobado con entusiasmo en junta general, no llegó despues á realizarse, sin que sepamos la causa. Proyectóse abrir una suscripcion voluntaria para levantar un monumento que perpetuase la memoria del gran triunfo alcanzado el dia 4 de Febrero señaladamente por los tercios catalanes. En el acto se desembolsaron algunas cantidades; diéronse amplias facultades á la comision para que pudiera obrar con desembarazo hasta llevar á cabo el pensamiento, y el Sr. Madoz se ofreció á ir él mismo de puerta en puerta á recaudar fondos, é indicó la conveniencia de que, si estos lo permitian, se erigiese el monumento en bronce.

Tomado este acuerdo, se dirigió al general PRIM una comunicacion participándosele, la cual, así como su contestacion, deben quedar aquí consignadas: La primera decia así:

“Excmo. Sr. general Conde de Reus:

“Los catalanes residentes en Madrid se han reunido solamente para acordar una suscripcion voluntaria, con el objeto de perpetuar por medio de un monumento, que desean se levante en la capital de Cataluña, la parte que han tomado los tercios ca-

talanes en la memorable jornada del día 4 de Febrero de 1860 junto á los muros de Tetuan, y tienen la honra de dirigirse á V. E. para felicitarle en primer lugar, como una prueba de lo justamente orgullosos que están de ser compatriotas de tan esclarecido caudillo, y como una demostracion sincera del entusiasmo y admiracion que sienten por las ínclitas proezas de V. E. y de los bizarros catalanes, que juntos con los bravos del ejército llevó V. E. al combate el día 4 de Febrero último, y ruegan á V. E. muy encarecidamente que se sirva ser fiel intérprete de estos puros y acendrados sentimientos hácia los valientes soldados que voluntariamente abandonaron sus hogares y las playas de Barcelona, volando á sostener tan heroicamente como lo han hecho el pabellon nacional en las tierras africanas, dándoles de nuestra parte la más cumplida enhorabuena y la seguridad de nuestros fervientes votos para que puedan volver al seno de su patria cargados de laureles y cubiertos de las bendiciones de todos sus compatriotas.

“Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 22 de Febrero de 1860.—Excmo. Sr.—El presidente, Domingo M.<sup>a</sup> Vila.—El vice-presidente, Pedro Mata.—Los secretarios, José Ametller y Viñas.— Enrique J. Parera.,”

Hé aquí la digna contestacion que dió al anterior escrito el general PRIM:

“Señores de la Junta catalana.—Madrid.

“Campamento allende Tetuan, 5 de marzo.

“Señores: La vida perpétua de campamento en que vivo, desde que estoy en Africa, no es la condicion más á propósito para contestar escritos de importancia; así es que seré breve en la que voy á dar á la felicitacion que me han dirigido Vds. con fecha 22 del próximo pasado. Os agradezco, señores, vuestro recuerdo por las sentidas frases con que ensalzais mis escasos merecimientos. El aplauso que envuelve la aprobacion de parte de mis conciudadanos, ha sido siempre el punto objetivo de todas mis acciones, de toda mi tendencia. Si alguna vez, como ahora, he llegado á creer haberla logrado, vosotros todos teneis la culpa, pues que me aplaudís en coro. Repito que os agradezco vuestros plácemes desde el fondo de mi alma, como lo agradecen, á la par, nuestros paisanos voluntarios, á quienes he mandado leer la felicitacion que nos es comun, y ellos y yo haremos lo que de nosotros dependa, cada cual en su esfera, para continuar mereciendo la aprobacion de nuestros compatriotas, sin la cual la mayor gloria no tendria valor en la apreciacion de vuestro paisano y amigo, Q. O. B. L. M.—EL CONDE DE REUS.,”

## VI.

Tetuan, la ciudad santa de los marroquíes, tenia para estos un valor inestimable, á parte del que dan todos los pueblos del mundo á la más insignificante porcion del suelo pátrio: para los españoles, fuera de la gloria de haberla ganado por su esfuerzo, humillando el orgullo de un bárbaro enemigo, era una conquista inútil y más perjudicial que provechosa. Solo como garantia para imponer la paz bajo condiciones favorables, nos convenia conservarla en nuestro poder temporalmente; pero de ningun modo perpetuar en ella una dominacion, que nos habria costado centenares de millones y la pérdida anual de algunos miles de hombres; pues los moros, como nosotros durante la guerra de la Independencia, podian sufrir derrotas, pero jamás habrian doblado la cerviz al yugo extranjero.

No se pensaba así en España, cuando el vértigo del entusiasmo agitaba todos los ánimos, ni quizás tampoco en el ejército de África durante los primeros dias que siguieron á su ruidoso triunfo: mirábase á Tetuan como á una magnífica presa, y olvidándose de que nuestro Gobierno, antes de emprender la guerra, habia protestado repetidas veces contra toda idea de conquista, soñábase ya con agregar á nuestra patria nuevas provincias, como si el ensanche de territorio bastase por sí solo á engrandecer á las naciones.

Ello es que, tomada posesion de Tetuan, cambiáronse los nombres de sus calles, puertas y plazas por otros españoles, alusivos á la familia real reinante, á las antiguas glorias nacionales, á las recientes victorias y á los batallones del ejército, y procedióse en todo como si la ciudad hubiese de quedar perpétuamente en nuestro poder.

Sin embargo, el general O'Donnell prefirió continuar haciendo la vida de campaña, y estableció su cuartel general en una huerta al Oriente de Tetuan, donde acampó tambien el tercer cuerpo de ejército: el general PRIM, con el segundo, se situó al otro lado de la Alcazaba, sobre el camino de Tánger, y el general Rubin permaneció en la Aduana con alguna fuerza para mantener las comunicaciones del ejército con la escuadra. El general D. Diego de los Rios, nombrado comandante general de la plaza, se hospedó en ella, designando los demás cargos militares, y

guarneciéndola con ocho batallones, y se dedicó desde luego á establecer la organizacion civil. Nombróse alcalde de los moros al Hach Hamet Abel, y de los hebreos á Leví Cases, y se repartieron las demás atribuciones municipales entre seis judíos y seis musulmanes.

Trazóse el plano de la ciudad, dividiéndola en cuatro cantones ó distritos militares; ocupóse á los hebreos pobres en la limpieza de las calles; organizóse la policia política y de seguridad, la cual procedió á formar un padron por barrios, designando las casas vacías y las ocupadas, numerándolas todas, y expresando el número de sus habitantes con sus nombres, y los datos posibles acerca de los que habian huido: cuidóse de establecer el alumbrado público, que no lo habia, y la vigilancia nocturna por medio de serenos y patrullas; se pusieron guardias en las casas abandonadas y en las mezquitas, y se publicaron bandos inculcando el respeto á la propiedad, al mismo tiempo que se llamaba por edictos á los vecinos ausentes; recogieronse las armas á la poblacion marroquí; abriéronse fondas, cafés y mercados; invitóse á los moros de las cercanías á que llevasen víveres á la plaza; dictáronse disposiciones para nivelar el valor respectivo de las monedas españolas y moriscas y arreglar los precios de los comestibles: tratóse de investigar los bienes religiosos de eremitas y patronatos y los de propiedad particular; estableciéronse hospitales; se pensó en construir cuarteles, fortificaciones, baños medicinales y de placer, y por último, se destinó para templo católico una mezquita, y despues de ejecutar en ella algunas obras, la nueva iglesia fué bendecida con gran solemnidad y abierta al público el Domingo 12 de Febrero, celebrando la primera misa el virtuoso misionero padre Sabater.

Al poco tiempo de esto, se improvisó una imprenta, y comenzó á publicarse un periódico titulado *El Eco de Tetuan*. El telégrafo eléctrico funcionaba ya entre la ciudad y el embarcadero.

El ejército marroquí, muy disminuido en fuerzas, permanecia entre tanto acampado en el Fondach, á unas dos leguas de Tetuan. El dia 11 de febrero se vió venir por aquel camino una embajada de paz: los emisarios eran cuatro: el gobernador de Tánger, el segundo de Fez, el del Riff, y un hermano de éste, llamado Aben-Abú, general de la caballería mora, que entendia el castellano y hacia las veces de intérprete: montaban magníficos caballos ricamente enjaezados, y vestian lujosos trajes. Les acompañaban cuatro moros de rey, armados de espingardas y pistolas, guarnecidas con preciosos adornos de marfil y plata.

Una avanzada del segundo cuerpo salió á recibir á los parlamentarios, y el general PRIM les invitó á descansar en su tienda, tratándoles afectuosamente y procurando demostrarles tanta consideracion á su valor, como respeto á su desgracia. Conversó un breve rato con Aben-Abú, y entre otras cosas le dijo:

—Solo Dios es quien da ó quita las victorias: los hombres y los ejércitos más valerosos nada pueden, si su mano los abandona.

—¡Dios lo ha querido! ¡Dios lo ha querido! exclamó el moro levantando la mano con ademan ceremonioso.

Despedidos los emisarios por el Conde de Reus, se encaminaron al cuartel general, acompañados de un jefe de Estado Mayor y de una escolta de caballería.

La conferencia de los cuatro personajes con el general O'Donnell, fué muy sencilla. Dijéronle que Muley-el-Abbas deseaba la paz, y le preguntaron con qué condiciones podria hacerse, dando á entender que la pérdida de Tetuan era causa de serias turbulencias en el Imperio.—“Yo he venido aquí, respondió el General, enviado por la Reina de España para hacer la guerra, y no estoy facultado para hacer la paz. Comunicaré vuestra pregunta á S. M., y el jueves próximo podreis venir á saber la respuesta.

Despues de esto se entabló un diálogo, en el que los moros reconocieron su debilidad, elogiando la clemencia de los españoles, y mostrándose deseosos de tenerlos por amigos: en seguida se despidieron, prometiendo volver el dia señalado. Al pasar por el campamento del segundo cuerpo, quisieron ver al general PRIM, que les recibió en su tienda, y les acompañó luego á caballo, seguido de todo su Estado Mayor hasta más allá de las trincheras.

Durante este paseo, notó el Conde de Reus que uno de los parlamentarios miraba con ávida curiosidad el *revólver* que llevaba, y antes de separarse de ellos, presentó el arma al moro, diciéndole:

—Te llama la atencion esta arma, desconocida para vosotros... Vais á ver sus efectos.

Y volviendo el caballo con agilidad y soltura, disparó los seis tiros del *revólver*. En seguida añadió:

—Toma, y consérvalo como prenda y recuerdo de un cristiano: si la guerra continúa, sírvete de él en defensa de tu patria y de tu vida.

El moro recibió este regalo con grandes muestras de aprecio y gratitud, y en

cambio entregó al Conde una pistola de arzon, primorosamente labrada con incrustaciones de plata.

Aquel mismo día recibió el general O'Donnell los títulos de Duque de Tetuan y Grande de España, con que acababa de ser agraciado en premio de sus recientes servicios.

No faltaron los enviados marroquíes á la cita que se les había dado. A las primeras horas de la tarde del 16 de Febrero se presentaron en el campamento del general PRIM, á quien regalaron un cajon de dátiles; y escoltados por un piquete de lanceros al mando del coronel Gaminde, fueron conducidos á la presencia del General en Jefe, que el día antes había recibido de Madrid las condiciones mediante las cuales accedería nuestro Gobierno á firmar la paz con Marruecos. Eran aquellas las siguientes:

„1.<sup>a</sup> El Imperio marroquí pagará á España, por indemnizacion de guerra, quinientos millones de reales en varios plazos.

„2.<sup>a</sup> Tetuan y su bajalato formarán parte de los dominios de S. M. la Reina de España.

„3.<sup>a</sup> El Imperio cede á España perpétuamente todo el territorio comprendido desde los antiguos límites de Ceuta hasta la cordillera de Sierra-Bullones.

„4.<sup>a</sup> Tambien cede el Imperio una extension del territorio frente á la plaza de Melilla, hasta el punto que los representantes de ambos gobiernos conceptuen necesario para la seguridad y desahogo de dicha plaza.

„5.<sup>a</sup> El comercio español gozará en el Imperio marroquí de las mismas ventajas é inmunidades que el de la nacion más favorecida.

„6.<sup>a</sup> El Imperio amparará y protegerá á los misioneros españoles.

„7.<sup>a</sup> El encargado de negocios de España en el Imperio marroquí podrá residir en Fez.

„8.<sup>a</sup> Nunca, bajo ningun concepto, podrá el Imperio marroquí ceder ni enajenar á potencia alguna la plaza de Tánger.”

Los emisarios de Muley-el-Abbas, á quienes el general O'Donnell dió á conocer las anteriores cláusulas, haciéndolas traducir á medida que se les leian, las oyeron impasibles, sin dar la menor muestra de alegría, de pesar, ni de sorpresa; y solamente al oír la segunda, en que se pedía la cesion de Tetuan, miráronse unos á otros encogiéndose de hombros, y como diciendo: “¡Lástima que no pueda firmarse una paz tan necesaria!”, Otro tanto pensaban todos en el ejército español, no ha-



biendo nadie que, al saber la noticia de lo que pretendia el Gobierno de Madrid, no lo calificara de imprudencia; porque pedir á Tetuan era lo mismo que querer la continuacion indefinida de la guerra. Y sin embargo, con nada menos que esto podian ser satisfechas las exigencias del espíritu público en España, donde la sed de conquista se habia despertado al calor de los recientes y no interrumpidos triunfos de nuestras armas, como siempre ha sucedido en todos los pueblos vencedores de la Tierra.

Los embajadores marroquíes guardaron cuidadosamente las condiciones de paz, que les fueron entregadas por escrito, habiéndoseles fijado un plazo de ocho dias para contestarlas; y despues de obsequiados con café y cigarros por el Duque de Tetuan, obtuvieron permiso de este para pasar la noche en la ciudad, donde entraron acompañados del general Rios, que se esmeró en dispensarles las más finas atenciones, y á la mañana siguiente partieron para sus reales.

Enterado Muley-el-Abbas de las bases dictadas por el Gobierno español, las consideró tan graves, que, no atreviéndose á resolver nada por sí mismo, las trasladó á su hermano el Emperador, y procuró que el general O'Donnell prorogase algunos dias más el plazo señalado, hasta recibir contestacion de Mequinez. Aunque el príncipe moro no solicitó directamente esta próroga, envió el dia 20 á nuestro campamento al más franco, expansivo y simpático de sus negociadores, el general de caballería Aben-Abú, que formuló la pretension; pero le fué negada rotundamente. Antes de marcharse, el enviado manifestó en confianza al general Rios, que Muley-el-Abbas tendria mucho placer en conferenciar personalmente con el *Gran cristiano* (O'Donnell), y quedó entendido entre ambos, que si aquel solicitaba la conferencia, sin duda se le concederia.

El comunicativo Aben-Abú partió para su campamento; y al pasar por el del segundo cuerpo de nuestro ejército, no dejó de visitar al *Cristiano bueno y valiente* (como llamaban los moros al general PRIM), á quien habia cobrado aficion y deseaba tener por amigo. Hablóle del cariño y admiracion que, segun dijo, le profesaban sus compatriotas, y demostró con un rasgo sencillo que, por su parte al menos, eran sinceras estas palabras. Señalando á las dos placas que el Conde de Reus llevaba al pecho, le dijo:

—¿Por qué llevas esto aquí?—Porque debo llevarlo, le contestó el general PRIM: estas cruces son el premio de acciones distinguidas.—Lo comprendo, repuso el moro; pero te advierto que eso brilla mucho á la luz del Sol, y en los combates puede servir de blanco á tus enemigos.

El día 23 de Febrero se presentaron nuevamente los comisionados marroquíes en el campamento del general PRIM: detuviéronse en la tienda del *Cristiano bueno*, y al poco rato marchó solo Aben-Abú, acompañado del jóven ayudante del Conde de Reus D. Adolfo Pons, encaminándose al cuartel general. El enviado manifestó al general O'Donnell, que el príncipe Muley-el-Abbas deseaba conferenciar con él; pero que no creyendo decoroso entrar en una ciudad que habia perdido, le estaba esperando en el puente de Buceja, distante menos de una legua de Tetuan, y más de legua y media del campamento moro, y le suplicaba honrase su tienda por una hora.

El Duque de Tetuan accedió á esta demanda, y montando á caballo inmediatamente, se puso en marcha, seguido de su numeroso E. M. y de los generales PRIM, García, Rios, Ustariz y Quesada. Enterado de que las fuerzas que acompañaban al Califa eran unos mil moros, el general O'Donnell dispuso que le siguiese un escuadron de coraceros, los cuales, unidos á los ginetes de su escolta, componian unos doscientos hombres.

Empendióse la marcha, yendo á vanguardia un cabo y cuatro batidores, guiados por algunos moros de caballería; en seguida el general O'Donnell, solo, y detrás los demás generales con los embajadores marroquíes, el Estado Mayor, los ayudantes y la escolta.

El camino se presentó al principio estrecho y dificultoso, limitado á la izquierda por el rio *Jelú*, y á la derecha por las fragosas vertientes de Sierra Bermeja, en cuyas verdes faldas se asienta el blanco pueblecillo de *Samsa*. Pasados aquellos barrancos y vericuetos, y dominada una pequeña loma, descubrióse una redonda y dilatada llanura, cubierta de verdes trigos, y rodeada por todas partes de colinas y montañas: al pié de una de ellas, mas elevada que las otras, se veia una tienda sola, blanca como la nieve y esmaltada con algunas labores de color azul turquí. A unos quinientos pasos de ella, por el lado de Poniente, y dominando un suave declive del terreno, se percibia una larga fila de vistosas tropas á pié y á caballo, sobre la cual ondeaban multitud de banderas de todos colores.

El general O'Donnell mandó hacer alto á sus coraceros y escolta en frente de la línea marroquí, y á igual distancia que esta de la solitaria tienda. Entonces avanzaron seis ginetes moros: otros seis caballeros nuestros salieron á su encuentro, y despues de conferenciar brevemente ambas comisiones, volvieron á sus respectivos campos.

Momentos despues, dirigióse á la tienda, corriendo á escape, una lucida cabalgata,

compuesta de unos treinta elegantes marroquíes, delante de los cuales se distinguía por su elevada estatura y arrogante porte el príncipe Muley-el-Abbas.

El Duque de Tetuan partió en la misma dirección, seguido solamente de los cinco generales que le acompañaban, del Hach Amet-Abel, y del intérprete Anibal Rinaldy. Al encontrarse los dos caudillos, se saludaron corriendo como iban, y habiendo echado pié á tierra, se dieron las manos. En seguida entraron en la tienda; el general O'Donnell, solo con el intérprete; el Califa, acompañado de otros tres moros, que eran el ya citado AbenAbú, el primer ministro del Sultan Sidi Mahommed el Jetib y otro personaje muy malo, pero de mucho talento, y gran amigo del Emperador, llamado Ezzebbi.

Los demás generales españoles confiaron sus caballos á varios negros esclavos, y se sentaron en sillas de campaña fuera de la tienda. Detrás de ella se colocaron sentados en el suelo diez y seis jefes moros, cuya categoría era equivalente á la de coronel en nuestro ejército.

La conferencia principió con recíprocas protestas del buen deseo que á una y otra parte animaba de llegar á una avenencia pacífica. Muley-el-Abbas se apresuró á reconocer la superioridad de las armas españolas sobre las marroquíes, y concluyó diciendo:

—Dios no quiere que venzamos; pero tampoco querria que abandonásemos nuestra causa. Grandes males ocasionaria esta guerra, si nos empeñásemos en continuarla. Cortémosla de una vez.

El general O'Donnell elogió entonces el valor y la prudencia del Príncipe, manifestándose deseoso de tratarle, no como vencedor, sino como amigo, y añadiendo que se hallaba dispuesto á hacer todas las concesiones compatibles con las bases de paz que le habia marcado su Reina, pero de las cuales no podria separarse un solo punto.

Aunque estas bases eran ya conocidas de los moros, leyéronse de nuevo, traduciéndolas el intérprete.

Al llegar á la que imponia la cesion de Tetuan, Muley-el-Abbas bajó la cabeza suspirando, sin proferir una palabra; pero el Jetib exclamó con energía:

—¡Eso no! Antes que ceder á Tetuan, morirán todos los marroquíes.

El general O'Donnell se levantó con aire resuelto diciendo:—¡Pues morirán!—Y presentando la mano á Muley-el-Abbas, añadió:—Hemos concluido.

El Califa se apresuró á cojer la mano de O'Donnell; pero no para despedirle, sino para detenerle cariñosamente, suplicándole que continuara la entrevista.

—Tú lo deseas, dijo entonces el Duque, volviendo á sentarse, y yo me entenderé gustoso contigo; porque tú sabes lo que es la guerra, lo que son tus soldados y lo que son los de España.—Y dirigiéndose al Jetib exclamó:—¡ Ah! Si tu hubieras sufrido y peleado como este heróico príncipe; si tú le hubieras visto, como yo, abandonado de sus tropas, y batiéndose muchas veces en lugar de los soldados, sin conseguir por eso la más mínima ventaja, serias tan prudente como él, y no comprometerias á tu nacion en una nueva campaña, que os será mucho más fatal que la primera.

Dijo entonces Muley-el-Abbas, que los españoles no debian juzgar de las fuerzas del Imperio por las que habian visto; pues quedaban todavía al Emperador numerosas y aguerridas huestes.

El general O'Donnell contestó al Califa, que no dudaba de su palabra; pero que su ejército carecia de instruccion y disciplina, y de todos los elementos de guerra modernos.—Además, añadió, te engañarias si creyeses que aquí han venido todas las fuerzas de España. Las tropas que os han vencido con tanta facilidad en Castillejos, en Cabo Negro y en vuestros campamentos, no son más que una mínima parte del ejército español. En este momento dispongo de poderosos refuerzos, que solo aguardan mis órdenes para embarcarse en los puertos de Andalucia. España entera se halla dispuesta á dar toda su hacienda y toda su sangre para someteros á la ley de la victoria; y si os negais á aceptar las bases de paz que ahora se os imponen, mis ejércitos, duplicados, triplicados en un dia, entrarán triunfantes en Tánger, en Fez, en Mequinez, y dominaran todo el Imperio. Yo sé que en este momento la anarquía reina en vuestra casa; que este bizarro príncipe apenas cuenta con seis ú ocho mil soldados fieles; que la toma de Tetuan ha hecho vacilar el trono de vuestro Emperador; y estoy seguro de que el dia en que mis banderas victoriosas ondéen sobre los muros de Tánger, se hundirá con estrépito el poder del Sultan; sus enemigos nos pedirán auxilio; nosotros se lo daremos; pondremos en el trono á Soliman, que tanto lo desea, ó á cualquier otro pretendiente y obtendremos en cambio más de lo que exigimos ahora.

Muley-el-Abbas comprendió que O'Donnell podia tener razon; pero manifestó que carecia de facultades para ceder á Tetuan. El Jetib añadió, que la Europa no consentiria que los españoles tomasen á Tánger.

—¡ La Europa! contestó O'Donnell. Sea la Europa, ó sea una determinada potencia la de que tú hablas, ten entendido que os prestará mañana la misma ayuda